

que es mi sangre, no tendreis vida en vosotros (1). Y se comprende, Señores: si no comeis es porque no amais. El amor tiende á la posesion del amado, á la union del amado con el amante, para ser una misma cosa con él y saciar de este modo el hambre del corazon (2). Esta es la aspiracion del amor; esta su obra. Si no teneis esa aspiracion, si no anhelais esa union, es que no amais. Si no amais, no habrá felicidad para vosotros. Podrá decirse de vosotros lo que á los discípulos de Emaús dijo Jesucristo: «¿Por qué andais tristes, discurrendo y disputando (3), y como buscando lo que no sabeis encontrar?» Por ello, dice San Pablo, hay entre vosotros tantos débiles, hay tantos que duermen y están muertos (4).

Jesucristo ha hecho por su parte cuanto es posible para darnos la felicidad. Ha instituido ese Sacramento para dársenos él mismo como alimento del alma: nos espera dia y noche, nos llama, nos convida, y nos dice: «Venid, comed, amigos; bebed y embriagaos de amor, amados míos (5).» Venid, y yo os aliviaré de vuestras pasiones; venid, uníos á mí y descansareis, y hallareis paz para vuestras almas agitadas por el violento huracan de vuestras pasiones (6). Sabedlo; si no os alimentais de mí mismo, no tendreis la vida de la gracia, la vida verdadera del hombre, que criado para Dios, no puede ser feliz sino en la union con Dios, en la posesion de Dios. ¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, sereis duros de corazon, y amareis la vanidad de las criaturas, y busca-

(1) Joann. VI, 54.

(2) Amor in omnibus desiderat fieri unum cum dilecto. (S. Thom. VIII, Conc. 2 in fer. 3 Pasch.)

(3) Luc. XXIV, 17.

(4) I ad Corinth. XI, 30.

(5) Cant. Cantic. V, 1.

(6) Matth. XI, 28.

reis la felicidad engañosa que os ofrecen los apetitos? (1) El que bebe esa agua, vuelve á tener sed; el que bebe de la que yo le doy, no la siente más, porque en sus entrañas se forma un manantial de aguas vivas, una fuente de goces celestiales, de suavidad inefable y divina, que le hace despreciar todas las miserias de la tierra (2).

¡Ah, Señores! Si no respondemos á esas voces amorosas, si no nos unimos á Jesus, es porque no amamos, es porque no deseamos la felicidad verdadera, es porque no queremos abrazar los sacrificios que nos impone el amor. El hombre quiere ser feliz entre los goces del cuerpo, en la vanidad del mundo, en las ilusiones de la tierra; y como carnal, no comprende las cosas de Dios y del cielo (3). Huye de Jesus, porque le pide el sacrificio de la vanidad, la muerte del sensualismo y del orgullo. El hombre quiere recibirlo todo sin dar nada; vive del egoismo, y el egoismo aparta de Jesucristo, aparta de Dios, que es todo caridad.

No sigamos nosotros ese camino. No seamos del número de los que dicen á Dios: Apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos (4). No seamos como los judíos, que clamaron contra Jesus: No queremos que reine este sobre nosotros (5). No imitemos á los que se escandalizaron y abandonaron al Salvador, cuando le oyeron anunciar la necesidad de la Comunion Eucarística (6). Imitemos, por el contrario, á San Pedro y á los

(1) Psalm. IV, 3.

(2) Joann. VII, 38.

(3) I Corinth. II, 14.

(4) Job. XXI, 14.

(5) Luc. XIV, 14; Joann. XIX, 15.

(6) Joann. VI, 61.

Apóstoles, de cuya fe somos herederos, y digamos con ellos: ¿A quién iremos, Señor, sino á ti, que tienes palabras de vida eterna? (1) Y llenos de fe, poseidos de amor, como el niño que se cuelga al pecho de su madre, dice San Crisóstomo, apliquemos nuestros lábios á esa fuente, unámonos á Jesus en la Comunión (2), y digamos con San Pablo: Ya no vivo yo; Cristo es el que vive en mí (3).

Si esto hiciéramos, hermanos míos, ¡cuán felices viviríamos! ¡Cuán despreciable nos parecería todo lo perecedero! La Comunión obraría en nosotros sus admirables efectos; viviríamos de Dios y para Dios, hechos una misma cosa con él. ¿Quereis pruebas? Esa multitud de héroes cuyos hechos llenan las historias, los santos del catolicismo, son la demostración. Robustos por su fe, dilatados por la caridad, fieles á Dios su único amor, y no rompiendo, por el pecado, el lazo que á él los unía, se elevaron á una gloria inmensa, á un heroísmo sublime. El mundo los admira, los Angeles los aplauden, Dios los glorifica. Y esos santos no son de un siglo ó de un pueblo, de un estado ó de una ciudad. Yo ví, dice San Juan, una turba grande, que nadie pudiera contar; de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación, que en gloria inefable estaban ante el trono de Dios y del Cordero con palmas en sus manos, símbolo de sus triunfos (4). Ellos se llegaron al altar, comieron,

(1) Id. id. 69.

(2) Tanta igitur charitate affecti, non torpeamus. Non videtis quanta infantes animi alacritate mamillas irripiunt? Qua pressione papillis infingunt labia? Non minore cupiditate nos quoque ad hanc mensam, et ad hujus calicis spiritualem papillam accedamus, imo vero majori desiderio; quasi lactentes pueri gratiam Spiritus sugamus. (S. Joann. Chrys., Hom. 83 in Matth.)

(3) Gal. II, 20.

(4) Apoc. VII, 9.

vivieron de Dios, se hicieron inmortales. Dios es el Bien sumo, la felicidad eterna, la sabiduría, la fortaleza, el amor; el amor sobre todo: y en la comunión lo da todo al hombre. El hombre que comulga lo es todo en Dios. Esos santos son solo del catolicismo. Las sectas que de él se apartan, y destruyen el principio de la fe, y niegan la gracia, y desprecian el bautismo, y se olvidan de la Eucaristía, no producen héroes. ¿Cómo han de producirlos, si no tienen vida, si no tienen el alimento de la vida? La vida del alma está en Dios; solo la comunicación y unión con Dios por Jesucristo hace que el hombre tenga vida, y la tenga sobreabundante (1): es decir, superior á la vida de la creación, y bastante para difundirse al exterior en sus acciones. Porque nadie va al Padre sino por mí, dice Jesucristo (2): yo soy la vid, vosotros los sarmientos: si estais unidos á la vid, dareis frutos de santidad; si os separais de ella, os secareis, no servireis sino para el fuego (3).

Grabemos en nuestro corazón esta doctrina sublime. Si amamos la felicidad y la vida eterna, dice San Cirilo (4), si queremos tener en nosotros al principio, al dador de ella, corramos con frecuencia á la mesa del amor. Hombres que buskais la gloria de la ciencia, buscad la esencia de la caridad de Cristo, que os hará inmortales. Hombres que buskais la grandeza, buscadla en Dios; vuestra grandeza será un reflejo de la del Infinito. Jóvenes, cuyo corazón está hecho para amar, y sentís llama ardorosa en vuestro pecho, alimentadla; pero fi-

(1) Joann. X, 10.

(2) Id. XVI, 6.

(3) Id. XV, 5, 6.

(4) Si vitæ æternæ amore flagramus; si immortalitatis largitorem in nobis habere optamus, ne, quod quidam negligentiores faciunt, Eulogiam sumere recusemus. (S. Cyril. Alex., Expos. in cap. 6 Joann.)

jadla en el único objeto digno de vosotros, en Jesucristo, en Dios, que es la belleza, la bondad, el amor eterno. Uníos á él: alimentaos de él en la Comunión Sagrada, y nunca perdereis el objeto de vuestro amor. Hombres todos que amais y buscáis la felicidad, buscadla en Dios, y bebedla en la fuente inagotable de ella, en la Sagrada Eucaristía. Ella hace, dice el Crisóstomo, que brille en nosotros la imagen real de Jesucristo; ella produce una indefinible hermosura; ella impide que languidezca el alma á quien sostiene y alimenta. Es la salud del alma; es su adorno; es llama que abrasa, ilustra el entendimiento, y hace que brille todo el hombre. El que arde, lléguese á esta fuente, y sentirá fresca admirable; el que padece lléguese á ella, y hallará consuelo (1). Un hombre á quien la sociedad juzgó hace poco con todo el rigor de la justicia, y el cielo con toda la suavidad de la misericordia, decia con lágrimas de amor, despues de su última Comunión: «¡Cuántos consuelos se encuentran en la Comunión! ¡Cómo da la felicidad en medio de la desgracia! Nunca creí poder gozar tanto. ¡Oh, cómo la Comunión me hace amable la muerte! Sí: deseo ya morir para que sea eterna la felicidad que siento, y el amor á Dios, que me llena todo.» Corred, pues, á esa fuente de felicidad que riega el paraiso del alma: ella armonizará todo vuestro sér, ella os inundará de gracia, ella os conducirá á la felicidad del tiempo y á la gloria de la eternidad.

(1) Hic sanguis facit ut imago in nobis regia floreat; hic sanguis immensam pulchritudinem efficit, hic sanguis animæ ingenuitatem quam semper irrigat et nutrit, languescere non sinit.... Hic nostrarum animarum salus est, hoc lætatur anima, hoc ornatur, hoc incenditur; hic ignis clariorem nostram mentem reddit, hic animo auro splendidiorem.... Si quis æstuat, ad hunc fontem se conferat ac refrigerium sentiet, etc. (S. Joann. Chrys., Hom. 45 in Joann.)

QUINTO SERMON.

La humildad, base de la verdadera grandeza. La humillacion voluntaria de Jesus en su vida mortal y Eucaristica, modelo y estimulo para todos.

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur;
et qui se humiliat, exaltabitur.*

(Luc. XIV, 11.)

EL Apóstol San Pablo describe admirablemente en su carta á los Romanos, las riquezas de la gracia en la justificacion ó regeneracion del hombre por Jesucristo. Allí nos descubre el carácter de hijos de Dios que por ella adquirimos, la noble cualidad de hermanos y miembros de Jesucristo, y el sublime destino de herederos de la gloria de Dios á que nos da derecho. Más para que el hombre acredite aquel carácter y noble cualidad, y se haga digno de esta herencia, se requieren, segun el mismo Apóstol, dos circunstancias indispensables: vivir del espíritu de Cristo; hacerse conformes á Cristo. Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, estos son, dice, sus hijos (1): los que no tienen el espíritu de Cristo, no le pertenecen, no son suyos (2); no pueden acreditar,

(1) Rom. VIII, 14.

(2) Id. id., 9.